

Penas cotidianas o el monólogo de una alcohólica

PILAR CRUZ



La cortina granate con sus borlitas como guindas, algo acar-tonada por su textura, remite a los pliegues clásicos de las túnicas de las Diosas griegas, sola frente a un album de fotos, reflexiona cada hoja evoca un perfume, un tiempo ya ido, sus sudorosas manos añoran a una piel; a unos pasos la radio, afuera los pájaros y su grato piar, una tenue luz entra por la ventana que se proyecta en una tonalidad violácea, tal vez reflejo de unas violetas que duermen su último sueño en un jarrón de Macao, un montón de colillas ya no volverán a rozar ningún labio, dentro de unas horas irán a parar a la bolsa de la basura, la radio emite una canción nostálgica, afuera tal vez llueva, hace viento, ha llegado el otoño, muy posiblemente llueva.

—“Quiero que llueva para oler la tierra mojada, ese olor cósmico que me recuerda mis raíces telúricas”—

“Florencio sólo ha sido un pretexto para mi angustia, un instrumento para salir del aburrimiento en que me hallaba y he dado cuerda a un mecanismo que no me interesa, pues yo no creo en el amor, no, no creo, se que después de las miradas confusas, las palabras, los besos, esas dulces mentiras, uno está solo, terriblemente solo consigo y sus fantasmas, y es que el amor es

una especie de cojera mental fruto de nuestra inllevadera soledad ¡la soledad! ese largo tren que cabalga en la noche entre los incógnitos raíles de nuestro destino, así es la Diosa del vacío, como un gusano que camina por nuestras venas a nuestro corazón y lo destruye, pues el destino siempre golpea de una manera o de otra, ¡qué pesadumbre! ¡qué hastío! y es que el recuerdo del tren siempre me proyecta a dimensiones metafísicas, ¿a dónde voy? creo que la vida es un continuo transbordo, estaciones donde no veo a nadie, donde no hay nadie, donde una triste balada de ojos se mecen en las desdichadas salas de espera, como un grito que se ahoga en su propio eco”

Afuera llueve, de la cocina llega el olor de thé con hierbabuena, alguien recoge precipitadamente la ropa tendida, un relámpago ilumina la mesa de Lucía, sus papeles intentan danzar, es el viento, atardece.

“Pienso que tal vez esté equivocada con respecto al amor, y no sólo en esto sino en todo lo demás, quizás mi vida sea una continua equivocación, por eso camino con esta sensación de peso en mis espaldas, con este yo diferente a nuestros deseos, terri-

blemente irreversible, al que un día comenzamos a odiar, y es que vivir es difícil, nos exige enfrentarnos día a día a multitud de máscaras que tendríamos que destruir, por ejemplo, la cortesía, yo no quiero decir buenos días al vecino de enfrente, no sonreír al cartero, ni dar las gracias a los burócratas de las oficinas de desempleo, todo esto son pequeños obstáculos que destruyen nuestra identidad y que día a día nos acercan a ese yo que nada tiene que ver con nosotros, en fin, mejor será no pensar en cosas mayores”

Ha cesado de llover, pero Eolo se ha enfurecido y arrastra hojas y papeles al centro de la placeta. —“¿Por qué no se llevará mis recuerdos?”—

“Silvano apareció entre Florencio y mis dudas, la duda, esa infinita distancia entre un sí y un no, entre la fe y la nihilidad, salvada a veces con cómodos puentes de irracionalidad, de fanatismos y mentiras que corresponden al interés de cada cual, ¡ay! y yo que no quería entrar en asuntos mayores, pero es que me da por culo la moral de este país y de esta ciudad, ¡hipócritas! ¡hipócritas! pueblo insulso y fanático que no os habéis preguntado nada de nada y habéis

atravesado las lindes de la razón convirtiéndola desde hace más de dos mil años en un sofisma, y aún seguís inventando leyes, bulas y papeles que os disculpen, hoy la vida me parece una continua agonía de nuestros deseos, una masacre de nuestro yo”

Afuera es de noche, hace frío, Lucía enciende el flexo y se pone una chaqueta, vuelve a rellenar su vaso de cerveza. ¡“no puedo más!”—

“Y es que a veces es necesario echar el ancla a la mediocridad si no se quiere naufragar, por eso accedí a casarme con Silvano, y compramos un tresillo de cuero y una lavadora automática, entre otras cosas, pero sus juegos a lo Sade y sus interrogatorios a lo marista dieron lugar a que un día saliera a la compra y decidiera no volver, de esto hace ya más de tres años, pero la verdad es que fue maravilloso olvidarse de todo, guerras, golpes, subidas de precios, y hasta de mí misma, en aquel sofá, bajo su cuerpo, y al fondo sonando la trompeta de Louis Astromg. ¡Silvano! ¡Silvano!”

Afuera un millar de lucecitas y de ruidos, la radio emite la fúnebre de Beethoven, Lucía va por más cerveza.

“¡La muerte! ¡la muerte! y pensar que estuve a punto de suicidarme porque me sentía agredida por todo y por todos, fue una mala racha sin trabajo, sin amor, sin amigos, me sentía sola y bloqueada, y entonces el suicidio me pareció razonable, aún más, la respuesta exacta a la condición humana, ya que nada se parecía a lo que para mí significaba la vida, y desde entonces no logro olvidarme de la muerte, y la veo por todas partes, las calles, las esquinas, las carreteras, los hospitales y hasta en el café, ¡la muerte! y es que cada día me parezco más a don Juan Tenorio, a ese hombre sin rostro, engalanado de gola y de plumas, que oye a todas horas las campanas que confunde con la muerte, que le alivia el cacarear del gallo que le dice que amanece, a ese hombre que no olvida su esqueleto.

Afuera las luces disminuyen, es más de medianoche, pero Lucía va a tomarse otra cerveza.

“Del suicidio me libró la rabia y el odio que comencé a sentir hacia aquellos que consideré culpables de mis males, por ellos que hicieron de mi corazón una

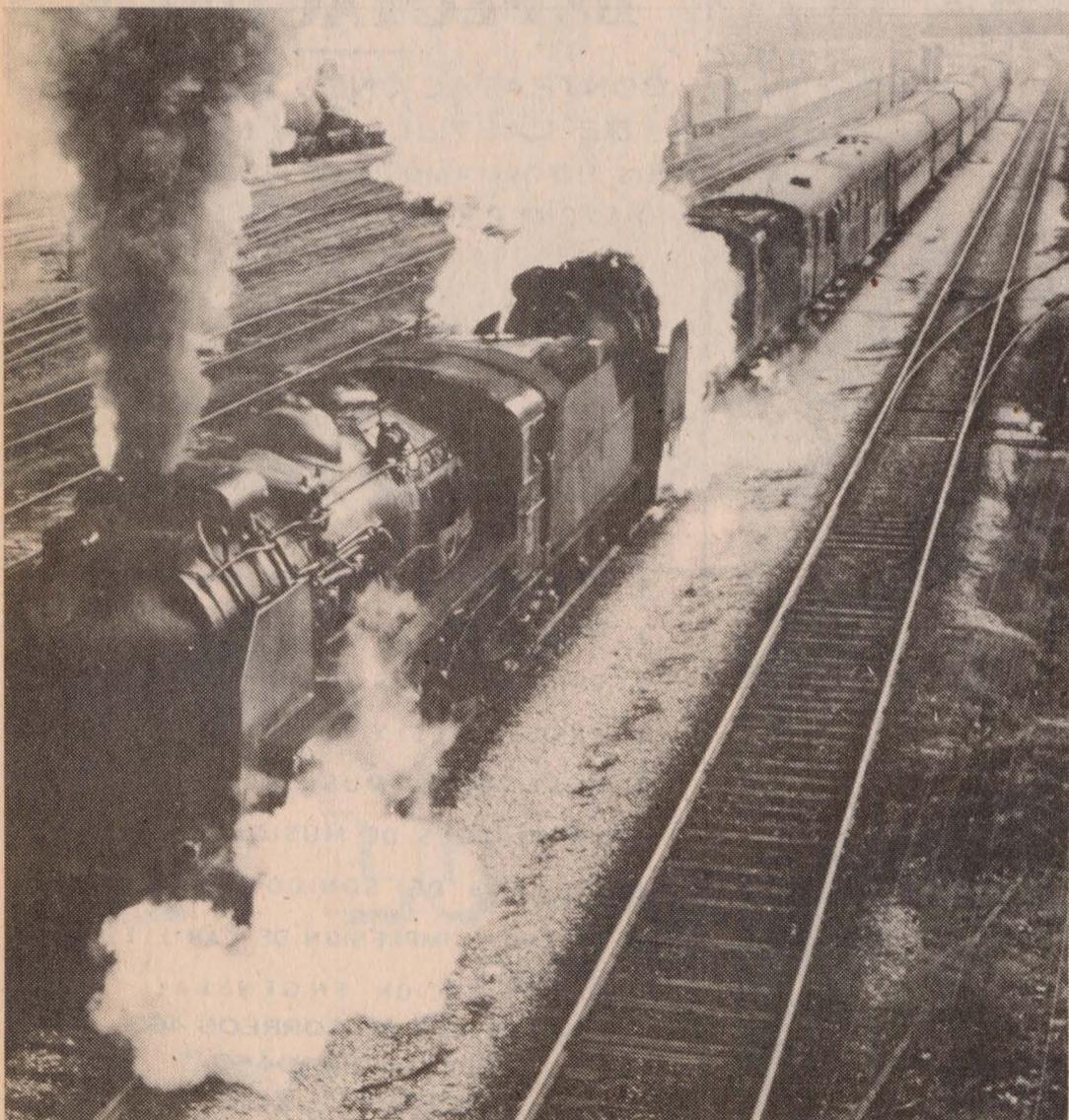
tragedia de Williams Shakespeare hoy me debato entre odios, venganzas, y no perdono que toda luz se me haya venido abajo, me levanto porque odio, porque odio tomo el café, rayo mis ojos con un lápiz de kholl porque odio, porque odio de alguna manera sobrevivo”.

Afuera apenas hay luces, Lucía se siente de serrín, intenta ir por más cerveza pero cae de nuevo en el sofá, el viejo album de fotos resbala hasta posarse en el suelo, aparece ella tiempos atrás.

“¿Quién era yo entonces? mis ojos dos gacelas heridas por el rayo del cántico de San Juan, mi boca ya tenía la mueca de la muerte, en mis mejillas dormía un ruseñor a punto de cantar una canción de David Bowie, y quise ser... soy telefonista de una multinacional”.

Un sollozo desgarrador hace temblar el esqueleto del mastodonte de hormigón, una luz de un retrete se enciende, afuera la luna, como una dulce anfetamina cósmica.

—“Intentaré dormir, intentaré dormir”—



DISCOS
neón
C/ SINAGOGA, 10
TOLEDO

LA MUJER BARBUDA
Director Gerente: José Retana
Jefe de Redacción: Amador Palacios.
Maquetador: Antonio Arriero
Colaboradores: Joaquín Benito de Lucas, Ángel Crespo, Antonio Fernández Molina, Francisco Leal, Francisco López, Charo Mayordomo, José Pedro Muñoz, Manuel Pacheco, Jesús Pino, Carlos de la Rica, Pablo Sanguino, José del Saz-Orozco, José Manuel Souza y Juan Carlos Valera.